

“¿Qué será Buenos Aires?”. Así comienza un poema de Jorge Luis Borges y qué mejor título para presentar a *Contextos* N° 28, dedicado a “*La experiencia urbana: ciudad objeto y ciudad sujeto*”. En la presente edición, la revista se ha dado un espacio para tratar un tema único, el de la ciudad, abordado desde diferentes perspectivas: intervenciones y crónicas urbanas; transeúntes ciudadanos; contraidentidad; memoria, ficción, transición y neoliberalismo; literatura e imaginarios geográficos; urbe de cemento, símbolo y verticalidad; Santiago y las obreras fabriles. La ciudad, como visión de mundo, está llena de contradicciones.

Dos ejemplos (y hay muchos más) que confirman lo que se dice. Para Gabriela Mistral, poetisa y educadora, que vivió una infancia rural en el valle de Elqui, en “*Infancia rural*” de 1928, manifiesta, desde la perspectiva del que aprende hasta los diez o doce años, que el espacio del campo, el paisaje, el ámbito natural, lo rural, le ofrece al niño un entorno lleno de signos de vida, que le permitirán a lo largo de su vida “*distinguir los lugares por los aromas*”, “*conocer uno a uno los semblantes de las estaciones*”, recordar “*las cosas: cerro, vizcacha, guanaco, mirlo, tempestad, siesta*” y no solo rememorar los nombres de las cosas desposeídas de la vida que late y fluye. La escuela urbana, por su parte, aparece –ante los ojos de Gabriela– pobre en estímulos formadores de una personalidad; y se refiere duramente al ambiente de ciudad que empobrece, destiñe y asfixia la imaginación infantil: “Entre las razones por las cuales yo no amo las ciudades –son varias– se halla esta: la muy vil infancia que regalan a los niños, la paupérrima, la desabrida y también la canallesca infancia, que en ellas tienen muchísimas criaturas.” La ciudad, si es pobre en estímulos naturales, encierra, quita los olores de las cosas y no permite ver el mundo en su continuo proceso de cambio y renovación (Magisterio y niño, 1979: 57).

Para Jorge Luis Borges, en cambio (“Buenos Aires”, en *Elogio de la sombra*, 1969: 1009–1010), su ciudad, Buenos Aires, el espacio–centro de la existencia, no está hecho únicamente de elementos físicos, sino colmado de recuerdos, de nostalgias, de experiencias propias y de otras ajenas que conviven en el mismo entorno: son los sentimientos que nos acercan a las cosas que hemos vivido en la realidad o en la imaginación; son las palabras que, con el tiempo, se tornan *vagos rasgos indescifrables*: son las *luces que divisamos desde un avión*; es la *Plaza de Mayo*; es un *gran árbol* que da sombra y frescura; es una *alta casa del Sur*; es el *día en que dejamos a una mujer y el día en que una mujer nos dejó*; es la *Biblioteca*; es el *último espejo que repitió la cara de mi padre*; es Leopoldo Lugones mirando por la ventanilla del tren y pensando que *este viaje será el último*; es Macedonio Fernández, que ha muerto, pero que sigue afirmando que *la muerte es una falacia*; es la *otra calle, que no pisé nunca*, es la *modesta librería*, es lo que se ha perdido y lo que será, es lo ulterior, lo ajeno, lo lateral; lo que ignoramos y queremos. Estos dos ejemplos, nacidos desde la imaginación creadora de dos poetas, permiten comprobar que la ciudad es una experiencia de cada persona, de cada individuo y de todos, de la colectividad que vive en la urbe.

La ciudad es una construcción humana, una objetividad elaborada según las coordenadas intelectuales, y levantada de acuerdo con las reglas de la razón; pero, sobre todo, es un espacio de emociones, de recuerdos, de experiencias, donde el hombre urbano hace su existencia, construye su hogar, interioriza sus aprendizajes, les da vida a los espacios, recuerda lo que experimentó, siente sus raíces y se proyecta en el tiempo, sustentado en las cosas concretas, ubicadas en tiempos y lugares específicos, afincadas en una realidad externa que se sostiene en una profunda realidad imaginativamente vivida.

Dra. Carmen Balart C.
Decana Facultad de Historia,
Geografía y Letras
Directora Revista *Contextos*